

EL ATLANTE.

*Aquel pueblo es verdaderamente libre
donde las leyes mandan y los hombres obedecen.*

S. Julian y Sta. Basilisa.

MAR ARTICO.

Concluye el artículo del número anterior.

Al anochecer del día 11 llegaron al Fuerte, á donde esperaban hallar asilo, abundancia y descanso, pero esta misma esperanza solo sirvió para aumentar su pesadumbre; y apenas podrá concebirse la sensación que les causó el hallar la casa enteramente despojada, sin noticia de Mr. Wentzell, ni señales de haber llegado allí Indio alguno. Una carta que hallaron allí, escrita por Mr. Back, les informaba que este oficial había ido en busca de algunos Indios, y que luego que los encontrara volvería con provisiones. En este estado miserable pasaron tres semanas de desolación, sintiendo cada día mas el decaecimiento de sus fuerzas, á punto de no poderse levantar sin asistencia de otra persona. El único alimento que pudieron obtener eran los huesos de los venados que habían matado allí durante su residencia en el año anterior; machacandolos é hirviendolos para hacer un caldo tan acre que les lagaba el paladar, como un fuerte cáustico. Asi mismo consumieron todos los pellejos que pudieron hallar á las manos, hirviendolos despues de quitarle el pelo.

En la tarde del día 29, mientras estaban sentados al rededor del fuego, conversando sobre su infeliz situación, uno de los cazadores exclamó con mucha alegría "Gente viene," é inmediatamente llegaron el Dr. Richardson y el marnero Hepburn, cada uno con su lio. No viendo el capitán Franklin á su amigo Hood, temió que le hubiese sucedido alguna desgracia, y siendo inútil ocultar lo acaecido, dijo el Dr. que aquel caballero, y el Indio Michel era muerto. Hepburn acababa de matar una perdiz, y puesta al fuego, aun no estaba cha-

muscada, cuando la hicieron pedazos y devoraron con ansia, habiendo mas de treinta días que no probaban carne alguna.

El Dr. Richardson refiere que por los dos primeros días, despues de haberse apartado con Mr. Hood no comieron un solo bocado, hasta que Michel les salió por fortuna al encuentro trayendo una perdiz. Este individuo era uno de los cuatro Indios que se habían separado del capitán Franklin para ir á encontrar al Dr. y á Mr. Hood: tres de ellos murieron, y despues hubo sospecha de que Michel los había matado. Este Iroques mostraba cada día mas su descontento, y rehusaba salir á cazar. Mr. Hood le prometió una brújula, y una carta para el capitán Franklin, si procuraba cazar por tres ó cuatro días; y reprehendiendole Mr. Hood por su mala conducta, respondió con tono enojado, "Es en balda cazar, porque no hay animales por aquí; mátenme vms. y cómanme." El Dr. Richardson fue con Hepburn á recojer algun lichen, único alimento, aunque detestable, que podía hallarse, dejando á Mr. Hood riñendo al Indio por su pereza. "Poco despues," dice el Dr. "oímos un tiro, y volviendo á donde habíamos dejado á Mr. Hood, le hallamos tendido con la cabeza pasada de un balazo. Luego sospechamos que el Indio era el matador, y por el momento disimulamos porque estaba mejor armado que nosotros. Removimos el cadaver á un lugar entre muchos sauces, y leímos el oficio de difuntos, y las oraciones del día."

"Ahora fue preciso resolver la vuelta al fuerte de la Empresa, y parte del capote de cuero de lúfalo que usaba Mr. Hood, fue hervido para alimento en aquel día, y el resto para el camino. La compañía del Indio Michel era en estremo peligrosa para nosotros

y por tanto, á la primera oportunidad le maté de un pistoletazo, haciendole saltar los sesos."

Despues de la muerte de Michel, el Dr. y su compañero Hepburn continuaron su marcha hacia el fuerte á donde llegaron despues de seis días de la mayor miseria y cansancio. Tal fué la historia trágica que contó el Dr. á sus compañeros en esta desgraciada expedición. Pero los sufrimientos continuaban todavía, siendo ahora seis individuos, y estando casi apurado todo recurso para mantener la vida. Dos días despues murieron dos de los Canadienses que les habían acompañado, y á los cinco días mas hubieran perecido inevitablemente todos, si la Providencia no hubiese dirigido allí á Mr. Back con socorros en el día 7 de Noviembre. El Dr. Richardson y Hepburn habían ido á cortar leña, y oyendo un tiro, volvieron aceleradamente al Fuerte temiendo alguna desgracia, su sobresalto felizmente se convirtió en regocijo, al ver á Mr. Back, y dieron gracias al Altísimo por la salvación que les había dispensado.

Despues de haberse restablecido un poco procedieron al fuerte de la Providencia, donde pasaron el invierno; y en el verano siguiente se embarcaron para Inglaterra, á donde arribaron felizmente en el mes de Octubre 1822.

El único resultado de tan penosa expedición fue el descubrimiento y reconocimiento de un trecho de la costa Septentrional de América, seis grados y medio de longitud en su mayor estension.

Un capricho de la Suerte.

Muy célebre es en todo el mun-

do civilizado el nombre de Alberto Durero, admirable pintor alemán, por quien decía el emperador Maximiliano: —“De un necio puedo hacer un noble, pero no un artista tan hábil como Alberto Durero; luego debo tener en mas á Alberto Durero que á todos los nobles de mi corte.”

Cualquiera que esté algun tanto versado en la biografía de los artistas célebres conocerá, hasta en sus menores detalles, la vida turbulenta de este pintor alemán, y tendrá que contar alguna que otra anecdota sobre el carácter diabólico de su muger, y sobre las perpetuas impertinencias con que acosaba esta indómita harpía á su infeliz esposo. Avara, colérica, impetuosa, no dejaba parar un momento á Durero con sus vociferaciones infernales: en vano Alberto con una paciencia ejemplar, se consagraba exclusivamente á los trabajos de su arte y producía cada dia uno de aquellos admirables grabados que tanto admiran aun hoy á los inteligentes: ella le perseguía aun en el sagrario de su taller y allí, á presencia de sus discípulos, le aturdió con sus gritos descompasados llenándole además de injurias, sarcasmos y vituperios.

Era costumbre suya asociar en las explosiones de su ira el nombre de Samuel Duhobret al nombre de su marido. Samuel Duhobret era uno de los discípulos de Durero, á quien éste habia recibido por compasion en su estudio, apesar de sus años y su indigencia: porque Samuel era hombre de cuarenta años y no tenia mas recursos para ganar la vida que el de pintar muestras y tapicerías de habitaciones, especie de lujo muy general entonces en Alemania. Pequeño, jorobado, feo en grado superlativo é item mas, tartamudo hasta el punto de no poder pronunciar dos sílabas seguidas. inmagínese el lector si sería el pobre Samuel asunto de diversion para los demas discípulos de Durero. Toreado por sus camaradas, escarnecido por la dulce esposa de su maestro, que no podia perdonarle la circunstancia de ser admitido gratis en el taller, y sin probar mas alimento que el que le deparaba de tarde en tarde su ángel tutelar, no tenia el pobre diablo

mas consuelo en su amarga vida que el de pasar algunas horas en el campo, pintando los deliciosos paisajes que tanto abundan en los alrededores de Nuremberg. Entónces era Samuel otro hombre: su rostro humilde y desgraciado se dilataba y aparecía radiante como un lirio bajo la influencia benéfica del sol. Era cosa de ver hasta que punto hermoscaba su ridícula fisonomía cuando sentado sobre el húmedo cesped de las praderas, su cartapacio sobre las rodillas, se esforzaba por reproducir algunos de aquellos admirables efectos de luz en que sobresalía especialmente su talento. Despues de haber pasado el dia de esta manera volvía á Nuremberg, donde se guardaba muy bien de hablar á nadie de sus escursiones campestres y con mas razon de enseñar los puntos de vista que habia bosquejado su mano. Acostumbrado á ser el continuo objeto de las mas desapiadadas burlas, temblaba de que lo fueran igualmente sus dibujos queridos, sus únicos amigos en la adversidad; ocupaba pues silenciosamente en el rincón mas obscuro del taller su sitio acostumbrado, donde bosquejaba los grabados de su maestro, y desempeñaba, relativamente á sus obras, las funciones que desempeñan los prácticos con respecto á los escultores.

Salva estas raras escursiones campestres de que hemos hablado, llegaba Samuel Duhobret al taller al rayar el dia y no salía de él hasta la noche. Volvía entonces á su pobre tugurio y reproducía sobre el lienzo la vista que habia bosquejado en el campo. Para adquirir pinceles y colores, se imponía las mas crueles privaciones; hasta llegó el caso muchas veces, dice el historiador alemán á quien debemos todos estos detalles, de robar á sus camaradas pinceles y vejigas de colores..... ¡Tal era su amor al arte!...

Tres años pasaron de este modo sin que Samuel hubiera revelado á nadie, ni aun á su maestro, los trabajos nocturnos á que se entregaba en la soledad. ¿Como hacia el infeliz para mantenerse? Este es un secreto entre Dios y él.

Un dia cayó enfermo Samuel; una violenta calentura se apoderó de su miserable persona, y durante cerca de una semana yació tendido

en su cama sin que alma viviente acudiera á consolarle en su amargura. La frente abrasada con un ardor sobre natural y conociendo que iba á perecer, toma una resolución desesperada: se levanta de la cama, coje bajo el brazo el último cuadro que habia pintado y se dirije á la habitacion de un corredor de cuadros, á fin de vender su obra á cualquier precio que fuese. Quiso la casualidad que pasara por delante de una casa á cuya puerta se hallaba reunido un numeroso concurso: se acerca y halla una almoneda de objetos de artes reunidos durante treinta años con inmenso trabajo por un inteligente y dispersados sin piedad, segun costumbre, y vendidos á precio vil despues de la muerte del sabio que habia empleado su vida en adornar con ellos su preciosa coleccion.

Acércase Samuel á un tasador y obtiene de él á fuerza de súplicas é importunidades, que incorpore en la almoneda el cuadro que llevaba debajo del brazo. El tasador lo estimó en tres talers; ¡Bravo! exclamó Duhobret; comeré durante una semana..... si encuentro comprador. Dió vuelta el cuadro á todo el círculo pasando de mano en mano, mientras repetía la voz monotoná del tasador, “Tres thalers! ¿Quien puja? A tres thalers”

—¡Dios mio! ¡Dios mio! murmuraba el pobre Samuel: nadie comprará mi cuadro. ¿Que va á ser de mí?

Y sin embargo, este es el mejor que he pintado en mi vida, el mejor!.... El aire circula entre las hojas de mis árboles, y no parece sino que las ramas se mueven, tiemblan y susurran. El agua es límpida y sonora: es el agua del Prgniz, hermosa, pura, fecunda y luminosa! ¡Cuánta vida respira en los animales que apagan en ella su sed! Y luego en el fondo ¡qué admirable perspectiva! La abadía de Neuburgo con sus torres transparentes como encaje, sus elegrantes edificios que rodea un ceñidor de casas humildes! La abadía de Neuburgo de donde han echado á los monjes y que acaso pronto será demolida..... porque ¿de que le sirve la abadía al digno luterano que es ahora su dueño?

—¡Oh, Dios mio!.... Si nadie compra mi cuadro que va á ser de mí?

—Veinticinco thalers! murmuró una voz débil y seca que hizo palpar de alegría el corazón de Samuel.

Empinóse cuanto pudo para ver al hombre que acababa de pronunciar estas palabras benditas..... ¡Oh sorpresa! era el corredor de cuadros á cuya casa se dirigia Samuel cuando un ángel le inspiró la idea de pararse junto á la almoneda y de introducir en ella su cuadro.

—Cincuenta thalers! gritó una voz sonora.

Samuel hubiera abrazado las rodillas del corpulento individuo vestido de negro, que esto decia.

—Cien thalers, replicó la voz cansada del corredor de cuadros.

—Doscientos thalers!

—Trescientos!

—Cuatrocientos!

—Mil thalers!

Reinó entonces un profundo silencio entre todos los presentes, formados en círculo alrededor de los dos licitantes rivales, semejantes á dos antiguos gladiadores. Samuel creia estar soñando y lanzaba del fondo de su pecho exclamaciones confusas.

—Dos mil thalers: dijo el corredor de cuadros con una sonrisa seca y violenta.

—Diez mil: replicó el gordo, el rostro encendido en colera.

—Veinte mil: pálido y como calenturiento juntó sus manos, que agitaba un estremecimiento convulsivo, el corredor al decir estas palabras.

El gordo, todo sudoroso y jadeando, berreó diciendo:

—Cuarenta mil thalers!

El otro se quedó suspenso por un momento; pero una mirada insolente y vencedora de su adversario, le hizo murmurar:

—Cincuenta mil thalers.

El silencio era cada vez mas profundo; el gordo entonces quedó suspenso tambien.

¿Que era entretanto del pobre Samuel? ajitábase con una violencia extraordinaria á fin de despertarse; porque despues de un sueño como este, decia mi miseria me parecerá mas horrible y mi hambre mas cruel.....

—Pues bien.... cien mil thalers!

—Ciento veinte mil!

—El original por la copia! y lle-

vete Satanas, hombre maldito.

Salió el corredor de cuadros casi con las lagrimas en los ojos; y el hombre gordo, y vestido de negro habia ya echado á andar, cargado victoriosamente con su cuadro, cuando vió acercarse hácia él un pobre jorobado, cojo y en extremo desarrapado; dióle al pasar unos cuartos, tomándole por un mendigo, pero quedó no poco atónito oyendo decir al de la joroba:

—¿Cuándo podré entrar en posesion de mi abadía, de mis palacios y de mis tierras? Yo soy Samuel Duhobret, el pintor del cuadro.

Y se decia entre sí mismo: ¡Oh sueño feliz! ¡Ojalá no despierte jamás!

El gordo, uno de los señores mas ricos de la Alemania, el conde Dunkelsbach, sacó de su bolsillo una cartera, arrancó una página y escribió en ella algunas líneas:

—Tomad, buen hombre, dijo á Samuel: ahí van las órdenes necesarias para que tomeis posesion de lo que ya es vuestro. A Dios.

Logró por fin Samuel persuadirse de que no soñaba; tomó posesion de su palacio, le vendió y ya se proponia allá en su mente vivir como hombre de juicio, pintando solo para su recreo, cuando murió de una indigestion á la primera comida.

Su cuadro permaneció mucho tiempo en el gabinete del conde de Dunkelsbach, y ahora se halla en la galeria del rey de Baviera.

Consecuencia de un lance de amor.

No hace muchos años que un joven mercader turco tuvo que ir á una feria á *Stanchio*. Habia oido hablar mucho de la hermosura de las mugeres de esta ciudad, y como fuese aficionado en demasia á las aventuras é intrigas amorosas, y tuviese mucha fé en el buen corazón de las muchachas, que pocas veces habrian visto presencias mas gallardas que la suya, iba saboreándose con los deleites mundanales en cuyos brazos pensaba en breve arrojarle.—El pobre mu-

chacho era calavera de buena fé, del número de esos charlatanes á quienes, á su decir, ninguna muger resiste, que desprecian al bello sexo en teoría, y se humillan luego á él del mas espantoso modo; en cuya última parte (sea dicha de paso) hacen muy bien, á nuestro juicio.

Acaeció que, recién llagada á *Stanchio*, vió cruzar las calles á una jóven tan esvelta y flexible, de formas tan bien delineadas y de ojos tan lánguidos y seductores que se enamoró perdidamente de ella; no obstante ni remotamente creyó que cierta dezason que le causaba la vista de la jóven fuese amor, y por eso se entregó á el de la mejor buena fé del mundo. Cuando volvió en sí se encontró perdidamente enamorado, castigo que impusieramos nosotros gustosos á los que dudan del amor.

Pero, como suele acontecer á estos jóvenes que todo lo logran, este gallardo mancebo cayó en los lazos de una muger sensata, que buscaba en un hombre un hombre, y no un muñeco con resortes para hacer contorsiones y decir insulencias á las bellas á quienes se acerca.—En suma, recibió el amor del mercader de muy mal talento.—Este rogó, pero en vano lloró pero inútilmente; se arrastró por el suelo, pero solo logró desaires que por su parte tambien las mugeres, si no escasean las pruebas de amor cuando aman; tampoco son avaras de desprecios cuando desprecian.—Estremadas en todo;—y sabido es aquel el ser mas molesto á nuestros ojos es aquel que nos ama, y no puede hacerse amar de nosotros.

Es pues el caso que á fuerza de disgustos logró atormentar al pobre jóven, á tal punto que solo vió un refugio contra el desprecio de su amada: el suicidio; medio que de algunos años á esta parte está mas en moda, desde que se cree en el completo no ser, desde que campea sin oposicion manifiesta, el escopaticismo, y que (sea dicho de paso) va á ponerse mas en moda todavia; pues, segun el camino que toma el mundo, no tardará en creerse en la metempsicosis (progreso social que encomiará cierta clase de gentes).

En fin, el jóven se suicidó, si que haya podido averiguar el motivo; cosa en que tambien hay moda, en este bendito siglo XIX, siglo de ilustracion y de adelantos.

Luego que los alguaciles y el te de curia que ni á vivos ni á muertos

ertos dejan parar, y que solo buscan ocasiones de obrar, según su capricho, ántes de la justicia, á quien ni siquiera tienen el pudor de cubrir el rostro, supieron este suceso, se apoderaron del padre de la moza, y acusaronle de homicida, según el tenor de una ley, sino nos engañamos, de *Mahoma*, que, como todos los legisladores, buenos ó malos, turcos ó no turcos, antiguos y modernos; desde *Moisés* hasta... (Dios nos tenga la lengua!); han hecho leyes para todo, descarnadas y secas, pero vestidas de brocados, feas y raquílicas pero caprichosamente ataviadas, y en suma, que de lejos parecen divinas y de cerca son momias.

Cuando llegó el día de la sentencia, que fué el día en que el pobre paciente anduvo algo reacio en desatar los cordones del bolsillo, reunieron en el tribunal una infinidad de hombres para dar una sentencia, cosa que sería mejor encomendar á un simple alfarero.

El abogado, especie de refracción que lo mismo satisface á amigos que á enemigos, sabe que hierre hoy al que ayer defendió, medicina que mata á quien curó ayer, gente por lo regular alquilada, que encuentra siempre en ese viejo armario que llaman derecho, alguna arma mohosa que nombran ley, que... (y dejemos estas definiciones para otro día); el abogado del querrelante tuvo el razonamiento siguiente; que, advierto de paso, es suyo, y de ningún modo mío.

“Si el prisionero que está aquí presente no hubiera tenido una hija, el difunto no se hubiera enamorado de ella, y si los ruegos del infeliz no hubieran sido desechados, su amor no lo hubiese precipitado; pero el desgraciado, perdida toda su esperanza, se mató; luego su muerte ha sido causada ó por la insensibilidad de la hija ó por su nacimiento de que tuvo culpa su padre, porque sin una de estas dos causas viviría todavía; luego el acusado ha sido de todos modos la causa intermedaria de la muerte de ese infeliz; ruego por lo tanto que, según las leyes de *Turquia*, se le haga pagar el precio de su vida.”

—Entimemas sin réplica, murmuraron los jueces.

El acusado tuvo que pagar cien piastras por la vida del joven.

Sácanse de este cuento las observaciones siguientes:

1ª Que los fanfarrones suelen ser vencidos por la gracia, como los demás hombres.

2ª Que en *Turquia*, como en las demás partes del mundo para ser amado no se necesita ser buen mozo ni dejarlo de ser, sino gustar.

3ª Que la gente que por mal nombre se llama de *justicia*, es en todas partes la misma.

4ª Que los abogados son sofistas donde quiera que los hay.

5ª Que un silogismo desatinado suele convencer á muchos jueces.

Y 6ª que la vida de un enamorado vale muy poco, pues que se avalúa en cien piastras en *Turquia*, á pesar de que enamorados conocemos nosotros en *España* que valen infinitamente menos.

J. DE S. Y Q.

(No me olv.)

Célebre desafío.

El nombre del conde de Calliostro fué célebre en Europa en el último tercio del siglo pasado. En París sobre todo ha llamado extraordinariamente la atención. Su riqueza, esplendidez, su instrucción en la física y en la medicina, su talento, ha sido el objeto de la curiosidad general. Suponíanle unos mágico y encantador, otros hijo natural de un alto personaje ligado con voto de castidad, y muchos le han tenido por un príncipe asiático. La verdad de todo esto creo que no se ha sabido hasta el día, ó al menos no ha llegado á noticia mía.

Uno de sus caracteres dominantes era el desprecio con que hablaba de los que profesaban los ramos en que él estaba tan versado, sin pararse en la posición que estos ocupaban y aun el prestigio público y la confianza que en su saber tenía.

He aquí un ejemplo de su valor en este punto.

Hallándose en Petersburgo hácia los años de 1780, se dejó decir que el primer médico de la emperatriz era el primer charlatan del imperio. En breve llegó este dicho á oídos del médico que sin perder tiempo le envió una carta de desafío, intimándole que con la espada en la mano le haría dar satisfacción de tamaño insulto. Presentósele al punto el conde de Calliostro y le dijo: “no deben batirse de este modo dos médicos. Vengo

á proponeros un medio digno de nosotros. Vos me dareis una pildora compuesta de la confección más activa que podáis imaginar, y yo la tragaré en vuestra presencia. Del mismo modo tragareis vos otra que yo os daré compuesta á mi arbitrio. Uno y otro iremos después á precever los daños que naturalmente deben seguirse; y Aquel que sobreviviese quedará vencedor en la medicina.”—No tuvo por conveniente el médico de la emperatriz admitir un combate tan arriesgado: pero el conde se mantuvo firme en su opinión.

J. DE S. Y Q.

(Yd.)

Ay de mí!

Es el amor un desierto
Sin límites, abrasado,
En que á muy pocos es dado
Pura delicia sentir;
Pero en sus mismos dolores
Guarda mágica ternura,
Y hay siempre cierta dulzura
En suspirar ay de mí!—

JOSÉ MARIA HEREDIA.

SUS LABIOS.

Son tus labios divinos de ambrosía
En que bulle tu aliento angelical,
Húmedos como encuentra el nuevo día
Las ojas de la rosa virginal.

Hermosos cual la chispa refulgente
De luz que, entre celajes de arrebol,
Al primer brillo de su regia frente
Vibra ardoroso el encendido sol.

MIGUEL TENORIO.

EMBARCACIONES.

6. *Fragata Dinamarquesa Caroline su capitán Nicolas Richelsen con 20, días de Hamburgo, su carga garrafrones, botellas, duelas, y géneros consignada á D. Lorenzo Garcia.*

Edictor responsable P. M. RAMIREZ

Imprenta de EL ATLANTE.